



# EL INMIGRANTE DESCONOCIDO

AGUIRRE DE ECHEVESTE

Emigración, inmigración. Emigrantes e inmigrantes. Traslado de gentes de unas regiones a otras, de unas a otras naciones siempre buscando algo de que se carece. Unas veces es la busca de mejores condiciones de vida, de una vida más digna. Otras, persiguiendo la riqueza, el oro fácil que según las leyendas se encontraba en lejanos países y para cuya conquista sólo era necesario levantar las piedras. Y allí estaba el oro. Eran leyendas, claro...

La historia de la humanidad presenta grandes migraciones de gentes que unas veces bajo apariencias de voluntariedad y otras por la fuerza, han abandonado la tierra donde vieron la luz para instalarse en otras regio-

nes con la firme decisión de conquistar esa vida más digna, esa riqueza, ese oro. Un ideal en definitiva que las más de las veces no era más que eso, un ideal. Un fantasmagórico ideal que se evaporaba como niebla mañanera al contacto con la cruda realidad.

Y es que, nos guste o no, lo cierto es que en ninguna parte del mundo existen esos míticos países en los que enriquecerse es pura rutina. No existen Eldorados para nadie. Acaso sólo para una reducida minoría de hombres que tiene la suficiente visión —o los pocos escrúpulos— para ver que la mejor forma de enriquecerse es precisamente valiéndose de las necesidades de los que emigran.

Sucede que pensando en este fenómeno de las migraciones humanas, me dio por pensar en que sería interesante saber quién habría sido el primer inmigrante del que se tengan noticias y que llegado de lejanas tierras se hubiera quedado definitivamente en Rentería.

Yo tenía una tenue pista sobre un inmigrante que en lejanos tiempos llegó a nuestro pueblo. Un hombre que sin él desearlo, tuvo que vivir en Rentería hasta el fin de sus días. Un hombre que halló en Rentería el descanso final tras una vida no por breve menos fatigosa y ajetreada. En resumen que partiendo de los pocos datos que poseía, inicié mi trabajo de investigación repasando viejos papeles, polvorientos legajos oscurecidos por el noble polvo de los siglos depositado en sus páginas. Páginas con historiadadas caligrafías y con la tinta empalidecida por la acción de los largos años transcurridos desde que fueron escritas.

No conseguí todos los datos que yo quería y por eso en este relato hay muchas lagunas. Pero esto es todo lo que he podido conseguir sobre la vida de aquel hombre al que llamaremos "el inmigrante desconocido". Aunque ahora y sabemos su nombre...

Patrick Kerry era irlandés. Había nacido en un pequeño pueblecito de pescadores del condado de Wexford, en el sur de Irlanda. Nació en un día muy señalado para los irlandeses. El 17 de marzo, festividad de San Patricio, patrón de Irlanda. Seguramente por eso le impusieron el nombre de Patrick. No se sabe fijamente si fue en 1573 ó 1574 cuando nació, aunque sí que fue en uno de esos dos años.

Sabemos también que su padre se llamaba Sean Kerry y que se dedicaba a las faenas de la pesca en una pequeña barca que poseía. Esa debía ser su única propiedad. Sean Kerry era un hombre silencioso y taciturno, abrumado por la pobreza y por el trabajo.

No he hallado datos sobre la madre de Patrick Kerry. Sólo que tuvo cinco hijos en su matrimonio, de los que dos fallecieron a los pocos meses de nacer. Patrick era el mayor de los hermanos.

Pese a no poseer más datos nos podemos imaginar las penalidades que aquella familia tuvo que pasar a lo largo de toda su vida. Las penosas condiciones de la vida en aquellos tiempos, unido al hecho de que por aquel entonces la Corona inglesa se hallaba sacudida por intrigas de sucesión, de guerras y odios latentes por cuestiones religiosas y al mismo tiempo también unido al hecho de que Irlanda era una propiedad de la Corona inglesa, todo ello hacía que la vida de los irlandeses fuera dura y problemática.

Y seguramente por todo eso fue que apenas había cumplido los quince años Patrick Kerry abandonó el hogar paterno. El entonces no podría imaginar que cuando se embarcó de marmitón en un pequeño velero que se dedicaba al comercio con Flandes y Holanda, ya no iba a volver a su pueblo natal. No podría imaginar que al despedirse de sus padres y hermanos se estaba despidiendo definitivamente de ellos.

Otro dato seguro es que Patrick Kerry no sabía leer ni escribir. Esto nos explica que perdiera definitivamente el contacto con los suyos.

Sea como fuere, la verdad es que al abandonar su pueblecito natal se pierde casi por completo la pista de Patrick Kerry. Lo verdaderamente cierto es que desde los quince años su vida se desarrolló casi continuamente en la mar. Se sabe que durante bastantes años navegó en

barcos que se dedicaban al comercio con Europa, sobre todo con Holanda y Flandes. Hubo algún año en que estuvo embarcado en un navío que se acercó a las colonias españolas del Nuevo Mundo. Eso debió de ser por el año 1602 aproximadamente. Lo más grave de aquello fue que como consecuencia del escorbuto padecido durante la navegación, Patrick Kerry regresó a Inglaterra enfermo y envejecido prematuramente.

Una fecha en la que se vuelve a retomar el hilo de la experiencia vital de nuestro irlandés es en el año 1605. Se ignora la ruta que llevaba el barco en que navegaba Patrick Kerry pero lo cierto es que la embarcación naufragó como consecuencia de un violento temporal.

Unos pescadores guipuzcoanos, seguramente de Fuenterrabía, encontraron un hombre agarrado a un madero y medio muerto de sed, de hambre y de frío. Como quiera que los pescadores volvían a puerto, recogieron al naufrago y le auxiliaron con alimentos, agua y ropa seca y de esta manera "lo regresaron con ellos a puerto". Es lo que se dice en un viejo documento fechado en octubre de 1605.

Naturalmente aquellos pescadores no sabían quién era aquel hombre al que ellos habían salvado de una muerte cierta. Los unos por hablar el rudo euskera de los hombres del mar y el otro por el hecho de que sólo hablaba una mezcla de inglés e irlandés. No hay dato fijo sobre si los pescadores desembarcaron en Pasajes o Fuenterrabía. Pero lo que sí se sabe que el naufrago desapareció. Se esfumó.

El caso es que en la primavera del año siguiente, aquel hombre se hallaba cobijado en el hospital de Rentería. Había llegado en demanda de cobijo en el mes de marzo. Se hallaba en pésimas condiciones de salud y fue acogido, cuidado y poco a poco restableciéndose. Los otros acogidos sólo habían podido averiguar que era irlandés, pero nada más. Lo que sí se veía era que estaba vencido por las penalidades y sufrimientos que por su aspecto físico se podía adivinar. Aquel hombre era silencioso, con la mirada impregnada de honda tristeza, pero al mismo tiempo se le veía trabajador y servicial.

Según fue reponiéndose de sus achaques y agotamiento, fue demostrando sus deseos de pagar de alguna manera la ayuda y el cobijo que allí recibía.

Y fue de esa manera cómo aquel irlandés, que nosotros sabemos ahora que se llamaba Patrick Kerry, fue pasando la primavera, el verano y el otoño del año 1606. Ayudaba en los trabajos de limpieza del hospital. Trabajaba en unas huertas que lo circundaban. Ayudaba con la mejor voluntad en cualquier clase de trabajo.

Aquel año el invierno se presentó muy duro. A las primeras lluvias otoñales, siguieron muy pronto duras heladas y fríos vientos del noroeste. En diciembre ya había caído la primera nevada del invierno.

Y sucedió que en la Navidad de aquel año 1606, Patrick Kerry sintió más fuerte que nunca la mordedura del recuerdo de aquel pequeño pueblecito irlandés donde había nacido. Sintió la cercana presencia impalpable del espíritu de su padre, siempre silencioso, siempre taciturno, callado... Aquella Navidad, Patrick Kerry creía sentir sobre su cabeza la suave mano de su madre, como en su niñez tan lejana ya en sus recuerdos... Después de aquella Navidad, Patrick Kerry fue adquiriendo la certeza de que ya no vería más las verdes colinas que cercaban por una parte el horizonte de su pueblo. La certeza de que ya no oiría el continuo batir de las olas en los rompientes del

pequeño puertecito pesquero de aquel pueblo que abandonó hacía tantos años.

Y Patrick Kerry sentía dentro de sí una gran tristeza y al mismo tiempo una gran paz...

El día 9 de enero de 1607 amaneció frío y nuboso. Parecía que antes de mucho iba a nevar. Patrick Kerry salió a dar un paseo después de terminar los pequeños trabajos que hacía en el hospital. Eran aproximadamente las doce horas del día. Nuestro irlandés inició su paseo subiendo una cuesta que había en la parte trasera de la iglesia. Caminando lentamente atravesó la puerta de la muralla por Torre Morrontxo y al cabo de un tiempo llegó hasta los muros de un convento de monjas de clausura situado en un alto desde donde se veía todo el contorno del pueblo que le había acogido, de las murallas y las embarcaciones fondeadas en la amplia desembocadura del río.

Aquel solitario lugar era el preferido de Patrick Kerry porque el paisaje que desde allí se divisaba le recordaba la pequeña aldea donde habían transcurrido los primeros años de su vida. Sentado en un pequeño muro de piedra dejaba volar su imaginación hasta su lejana patria. Incluso en medio del rigor del invierno creía ver en aquellos campos detalles que también veía de niño en su pueblo.

Estaba comenzando a llover y Patrick se refugió en el pequeño voladizo que había sobre la puerta de entrada del convento. Se arrodilló y se sumió en el recuerdo de las oraciones que de niño le había enseñado su madre. El suelo donde se arrodilló estaba húmedo y frío.

Cuando Patrick Kerry recobró el sentido de la realidad, estaba lloviendo con fuerza y sus ropas estaban empapadas. El tiempo estaba oscuro y pronto iba a anochecer. Caminando todo lo aprisa que le permitían sus debilitadas fuerzas llegó hasta su refugio en el hospital tiritando de fiebre. Se despojó de sus pobres ropas mojas y se arrebujó en la delgada manta que le servía para protegerse en su camastro del frío del invierno.

Ya no recobró más el conocimiento. Las mujeres que atendían a los acogidos y enfermos del hospital le oyeron murmurar extrañas palabras pronunciadas con unción. Aquellas pobres mujerucas no entendían lo que Patrick Kerry decía, pero su intuición femenina les hacía adivinar que estaba rezando.

En la noche del día 12 de enero murió sin haber recobrado el conocimiento. Nadie de los que le rodeaban sabía cómo se llamaba.

Por ese motivo cuando por la mañana se le enterró en el pequeño cementerio situado al lado de la iglesia y se hubo celebrado una misa en sufragio de su alma, ya en la sacristía y a la temblorosa luz de un humeante quinqué, el vicario D. Miguel de Zabaleta, escribió en el "Libro de Difuntos de la Villa de Rentería y su Parroquia Santa María":

EN DOCE DE ENERO MURIO EN EL HOSPITAL UN  
POBRE IRLANDES. ENTERROSE CON SU MISA EN LA  
PARROQUIAL.

Por mi parte sólo me resta decirle a aquel "pobre irlandés", al pobre Patrick Kerry y a una distancia de 374 años lo que dijo el poeta al emigrado enterrado en tierra extranjera.:

... blanda y ligera  
esta tierra te sea: si es que puede  
serlo nunca jamás tierra extranjera.